

¿Es posnacional la literatura argentina contemporánea? Apuntes para un debate

SILVANA MANDOLESSI

UNIVERSITÄT HEIDELBERG

Since Habermas's book *Die Postnationale Konstellation* (1998), « the postnational » seems to have become a new paradigm in the literary field, although it is far from having achieved a clear-cut definition. Firstly, this article discusses the concept of the postnational, focusing mainly on the works of Ulrich Beck, *The Cosmopolitan Vision* (2006) and Castany Prado, *Literatura posnacional* (2007). Drawing on this debate, the paper then analyses three contemporary Argentine novels — *Promesas naturales* (2006) de Oliverio Coelho, *Los incompletos* (2004) de Sergio Chejfec y *La grande* (2005) de Juan José Saer—, particularly the ways in which the novels could be said to illustrate the dialectic between the national and the posnational previously discussed.

A partir del libro de Habermas, *Die Postnationale Konstellation* (1998), lo “posnacional” parece haberse convertido en un nuevo paradigma en el campo literario, aunque está lejos de haber alcanzado una definición. En primer lugar, este artículo discute el concepto de lo posnacional, focalizándose especialmente en las obras de Ulrich Beck, *The Cosmopolitan Vision* (2006) y Bernat Castany Prado, *Literatura posnacional* (2007). Teniendo en cuenta este debate, el artículo analiza luego tres novelas argentinas contemporáneas —*Promesas naturales* (2006) de Oliverio Coelho, *Los incompletos* (2004) de Sergio Chejfec y *La grande* (2005) de Juan José Saer—, especialmente el modo en que puede decirse que estas novelas ilustran la dialéctica entre lo nacional y lo posnacional discutida previamente.

Palabras claves : literatura argentina ; literatura posnacional; cosmopolitismo.

Keywords : Argentine literature; postnational literature; cosmopolitanism.

En un pasaje de *Los incompletos* (2004) Félix, un personaje errante que ha decidido pasar el resto de su vida vagando por el mundo, reflexiona sobre el país dejado atrás, con estas palabras:

Para él, pensar en la infancia era pensar en el país donde había crecido.
Hasta cierto momento había supuesto que su país era una escena eterna:
hábitos, situaciones, formas y lugares prometían seguir sin cambios hasta
el fin de los tiempos; pero ahora, digamos, daba una mirada hacia atrás y

todo aquel cuadro le parecía bien superado y perdido. [...] A Félix le parecía imposible que sus compatriotas se preguntaran siempre por el significado de su nacionalidad; y esta vaga premisa, absolutamente sensata pero probablemente extensiva a todas las nacionalidades, le servía sin embargo para intuir que pertenecía a un país cada vez más incierto. [...] Según Félix, por eso era el país del futuro —y en cierto modo el país ideal (Chejfec, 2004: 102).

La cita me parece relevante porque manifiesta elementos recurrentes en la literatura contemporánea: un personaje errante que migra a través de diversos territorios, la pertenencia a un país de origen como un dato que, alguna vez sentido como sólido, se desdibuja, volviéndose incierto. Y, además, la mención enigmática de Félix sobre que ese país “cada vez más incierto”, es, por eso, el país del futuro, y en cierto modo, el “país ideal”.

En efecto, estos motivos son recurrentes en la literatura actual. Diversos críticos, entre ellos Habermas en *Die Postnationale Konstellation* (1998), Said en *Culture and Imperialism* (1993), Ulrich Beck en *The Cosmopolitan Vision* (2006) o Bernat Castany en *Literatura posnacional* (2007) han argumentado que estos rasgos responden a una nueva configuración, a la que caracterizan como “posnacional”, y de la que la literatura se haría eco como discurso social privilegiado para dar cuenta de los cambios que se producen en la escena política, económica y socio-cultural. Centro de un debate aún en curso, lo posnacional está lejos de haber alcanzado una definición. En el caso específico de lo literario, el debate se interseca con otras discusiones, tales como el alcance y el significado de “world literature” (Damrosch), que hereda la discusión de una “weltliteratur” ya planteada por Goethe, o el conocido ensayo de Casanova “*La république mondiale des lettres*” (1999). Todos ellos tienen en común la intención de describir un estado del campo literario en el que la unión, antes en apariencia indisoluble, entre nación y literatura, se ha fracturado: ya no es posible pensar ni la producción ni la circulación de lo literario en el estrecho marco de lo nacional, sino que ahora se vuelve necesario una topografía diferente, más amplia, transnacional, globalizada o “mundial”. ¿En qué consiste ese nuevo territorio? ¿Quién detenta el poder de definir, y de acuerdo a qué criterios, los límites de un concepto tan

inabarcable como “literatura mundial”? ¿Repondrá este nuevo escenario las antiguas desigualdades que Casanova señalaba en la nada democrática “república de las Letras”? Similares interrogantes, más allá del campo específico de lo literario pero con la misma carga política, resuenan en el debate sobre lo posnacional.

En lo que sigue quisiera presentar, brevemente, algunas de las hipótesis que Bernat Castany sostiene en *Literatura posnacional* (2007), un libro que integra los argumentos más relevantes de este debate, y que, por lo tanto, es útil como un mapa para orientarse en los textos que propongo analizar, junto a algunas reflexiones que Beck expone en *The Cosmopolitan Vision* (2006). Siguiendo a Castany, y a algunos postulados de Butler/Spivak, me concentraré en tres textos recientes, de autores argentinos: *Promesas naturales* (2006) de Oliverio Coelho, *Los incompletos* (2004) de Sergio Chejfec y *La grande* (2005) de Juan José Saer.

Literatura posnacional

La hipótesis central de Castany es que la intensificación de las interrelaciones e interdependencias entre las diversas partes del mundo, conocida como mundialización o *globalización*, ha provocado la erosión del estado-nación, que hasta entonces fuera la principal unidad política, social, cultural e identitaria.

Aunque muchos sostienen que la globalización es un fenómeno antiguo, que se remonta a los orígenes de la humanidad, existe cierto consenso en que en la década del 70 se produce un salto cualitativo, a partir del cual se iniciaría lo que hoy denominamos específicamente como “globalización”. A pesar de que su motor sea principalmente tecno-económico, no se trata de un fenómeno unidimensional sino de un conjunto de procesos sociales que crean, multiplican e intensifican los intercambios e interdependencias a nivel mundial. La globalización ha provocado una crisis generalizada que tiende a afectar las creencias, prácticas y conocimientos de todas las culturas existentes. Particularmente, la globalización ha impuesto, como lo mencionamos anteriormente, una enorme erosión de lo que se considera la unidad política básica de la modernidad: el estado-nación. Aunque se le concede haber cumplido una función importante, por ejemplo, en la sustitución de la monarquía, el imperio o la teocracia, así como el hecho de haber sido un modelo social

estrechamente asociado con el desarrollo económico y la democracia liberal, hoy muchos autores lo consideran obsoleto. Sin embargo, la crisis del estado-nación no se trata tanto, por lo menos hasta ahora, de un proceso subjetivo de crítica posnacional como de un proceso objetivo de pérdida de competencias en aras de esferas supranacionales (organizaciones internacionales, asociaciones regionales de países, multinacionales) así como intranacionales o subestatales (descentralización, autonomización, secesión, liberalización) (Castany, 2007: 26-27). Así, lo obsoleto del estado-nación en tanto unidad política efectiva, no encuentra un correlato exacto en la perspectiva subjetiva de los individuos. En efecto, el nacionalismo está tan profundamente arraigado en la psicología individual y colectiva, así como en los mismos procesos de producción y conocimiento de la realidad —compartimentación nacional de las disciplinas humanísticas, consideración de la nación como unidad básica de estudio para las ciencias sociales—, que las identidades individuales y colectivas siguen construyéndose fundamentalmente sobre modelos nacionales, aunque estos resulten cada vez más caducos. Es importante recordar que el estado-nación no es sólo un concepto político. Castany advierte que la erosión del estado-nación o del nacionalismo supone la crisis de todo el sistema moderno: una crisis del concepto de ciudadanía,¹ una crisis cultural e identitaria² y en un sentido amplio, una

¹ La globalización neoliberal ha supuesto la depauperización de sociedades de países ricos y pobres y el subsiguiente desgaste de la cohesión social. La teoría de la ciudadanía social afirma que para ser ciudadano se debe gozar tanto de derechos civiles (libertades individuales) y políticos (participación política) como de derechos sociales (trabajo, educación, vivienda, prestaciones sociales). Es normal, pues, que hayan aparecido grandes bolsas de población que no se sienten ciudadanos de los países en cuyo territorio habitan porque sólo puede sentirse parte de una sociedad quien sabe que esa sociedad se preocupa activamente por su supervivencia, y por su supervivencia digna (cfr. Cortina: 66). A esta situación originada por el empobrecimiento hay que agregar el fenómeno de la migración, que, yuxtaponiendo poblaciones muy diferentes, provoca una pérdida de adscripción social, la toma de conciencia de riesgos globales, tales como el cambio climático, a los que ningún país puede enfrentarse solo o la acción de las ONG y los movimientos de alter y antiglobalización que están creando una suerte de sociedad civil mundial (Castany, 2007: 36).

² La crisis cultural e identitaria surge del desfazaje entre las antiguas definiciones de identidad nacional y la actual pérdida de legitimidad de dicha definición. Frente a esta crisis, existen dos reacciones antitéticas, que básicamente consisten en un repliegue o reactivación de la literatura nacionalista, sea nacional, cultural o religiosa y, por otro lado, una reacción posnacional que busca nuevas fórmulas culturales e identitarias que respondan mejor a la nueva realidad y que sean más respetuosas con la libertad individual y artística (Castany, 2007: 41).

crisis epistémica,³ crisis que permiten asociar la posnacionalidad estrechamente con la posmodernidad. Para Castany, ambos son nombres para describir la misma situación, la configuración que experimentarían las sociedades occidentales a partir de los años 70.⁴ Según Castany, la crisis de la política nacional es uno de los puntos centrales de la crisis de la modernidad, y de allí que “el ‘posnacionalismo’ debería ser considerado como un subconjunto e, incluso, como un cuasi-sinónimo de la posmodernidad entendida en sentido lato” (Castany, 2007: 77). Sin embargo, argumenta que es útil mantener la distinción ya que existen otros aspectos, tales como el de la racionalidad instrumental, que si bien resultan centrales para la definición de la posmodernidad, no serían tan relevantes en el caso de lo posnacional.

En este escenario, argumenta Castany, la literatura aparece como un actor privilegiado en el debate entre las antiguas fórmulas nacionalistas, las propuestas identitarias posnacionales y las transformaciones que se han producido. En su argumentación, la literatura posnacional no se refiere a un nuevo género, sino más bien “al hecho de que en la literatura actual el componente posnacional ha ganado presencia y ha entrado en tensión con el componente nacional, que no ha desaparecido sino que se está redefiniendo” (Castany, 2007: 167). Desde este punto de vista, toda literatura es hoy día nacional y posnacional a la vez y la posibilidad de distinguir entre ambos atañe a la *cosmovisión* subyacente a la obra. Castany define la *literatura nacional* como aquella en la que subyace una cosmovisión nacional, esto es, obras cuyo objeto de representación primordial sea una única sociedad nacional y que circunscriben su universo de referencias culturales y literarias a una nación. La *literatura posnacional* tiende a dar cuenta, en cambio, no tanto de una sociedad nacional como de una sociedad mundial.

³ Con crisis epistémica Castany se refiere a una posición nihilista o, mejor, escéptica frente a las posibilidades del conocimiento que ya ha sido ampliamente tratada en la bibliografía sobre la posmodernidad.

⁴ Siguiendo a Lyotard (1987: 18), Küng y Toynbee, quienes argumentan que la posmodernidad se origina hacia finales del siglo XIX, Castany postula la existencia de dos etapas posmodernas (o un mismo fenómeno que se vio interrumpido por las dos guerras mundiales y la posterior guerra fría): una primera posmodernidad que habría tenido lugar en la última década del XIX y la primera del XX; y una segunda desde los años 70 hasta nuestros días. Esta cronología explicaría la afinidad existente entre la literatura posnacional, que podría llamarse también tardo-posmoderna, y la literatura del “modernism”, que podría llamarse “posmodernismo temprano” (53).

Existe un presupuesto que subyace en el pensamiento de Castany: en su exposición, la literatura nacional, que jugó un papel fundamental en los dos últimos siglos, aparece ahora como una literatura obsoleta. Quienes siguen escribiendo para un exclusivo lector nacional, encerrados en ese único universo de referencia, no sólo se aferran a un paradigma caduco, sino que, en la visión de Castany, adscriben a un paradigma cultural erróneo. En su obra, “nacional” y “nacionalismo” aparecen prácticamente como sinónimos: toda ideología nacional tiende peligrosamente hacia un extremo nacionalista que revela el sustrato totalitario de la concepción nacional: la identidad concebida como *esencia*, la inmutabilidad de las fronteras sociales y culturales, la sujeción del individuo a las necesidades de un poder superior, la nación. De allí que un componente esencial de la literatura posnacional, o lo que Castany llama un “momento destructivo” dentro de la misma, sea el intento de dismantelar el esencialismo nacionalista, mostrando sus inconsistencias, su negatividad, su inadecuación. El segundo momento, o “momento constructivo” de la literatura posnacional, consistiría en proponer — o construir — una visión alternativa a la asociada al estado-nación, que intentaría elaborar una mirada cosmopolita secularizada de todo tipo de esencialismo nacional o religioso y una serie de fórmulas identitarias más fluidas y flexibles que las impuestas por el nacionalismo (2007: 203). En esta elaboración, el *escepticismo* — que consiste en negarse a definir la propia identidad nacional, racial, sexual o cultural para aceptar la ambigüedad y la pluralidad inherentes al mundo — aparece como uno de los ejes centrales. La literatura de Borges, más allá de sus iniciales coqueteos nacionalistas, sería un ejemplo paradigmático. Así, para Castany, el posnacionalismo no es tanto una forma literaria nueva, sino ante todo una opción *ética y política* que la literatura contribuiría hoy a construir, tal como en el pasado desempeñó un papel fundamental en la construcción de comunidades nacionales.

Un planteo muy similar al de Castany aparece en el libro de Ulrich Beck *The Cosmopolitan Vision* (2006). Aunque en la formulación de Beck el término *posnacional* es reemplazado por *cosmopolitismo*, la descripción que hace del escenario contemporáneo aparece también dominada por la dialéctica entre la visión nacional y

la cosmopolita. El cosmopolitismo es una tradición extensa y fecunda, alrededor de la cual se han tejido innumerables debates; en este sentido, la *idea* no es nueva. Lo que sí es nuevo, argumenta Beck, es que mientras en otra época el cosmopolitismo podía ser catalogado como una mera idea o aspiración deseable, sin sustento en lo real, hoy “it has left the realm of philosophical castles in the air and has entered reality” (Beck, 2006: 2). “Indeed —enfatisa Beck—, it has become the defining feature of a new era of reflexive modernity, in which national borders and differences are dissolving and must be renegotiated in accordance with the logic of a ‘politics of politics’ (Beck, 2006: 2).

Al igual que Castany, Beck también opone una cosmovisión nacional — o “the national outlook”, esto es, pensar *desde* y *en* el marco de la nación— a una cosmovisión posnacional — “the cosmpolitan outlook”—, que se caracteriza por “a sense of boundarylessness”, “a reflexive awareness of ambivalences in a milieu of blurring differentiations and cultural contradictions”, y significativamente coincide en definir esta mirada cosmopolita como “a sceptical, disillusioned, self-critical outlook” (Beck, 2006: 3). También señala como relevante una diferente concepción identitaria. Tanto en la sociología clásica como en la antropología, la biología o la teoría política, ha prevalecido una noción de la identidad basada sobre el esquema amigo/enemigo. Según esta concepción, denominada ‘territorial either/or’ (Beck, 2006: 5), la identidad siempre se construye de manera dualista y opositiva, en relación a un *otro*. Sin embargo, según Beck

“this metatheory of identity, society and politics is empirically false. It arose in the context of the mutually delimiting territorial societies and states of the first modernity and generalizes this historical experience, in the shape of methodological nationalism, into the ‘logic’ of the social and the political” (Beck, 2006: 5).

En contraposición, en el escenario posnacional se advierte un paradigma diferente de la identidad, que, reemplazando al modelo ‘either/or’ se asienta sobre una lógica de diferenciación inclusiva, esto es, la posibilidad de sumar diferentes identidades sin que estas sean necesariamente percibidas como incongruentes o en conflicto. Beck denomina a esta lógica “both/and logic of inclusive differentiation” (Beck, 2006: 5). En definitiva, Beck, de manera similar a Castany, define el cosmpolitismo no como una

superación de la nación sino como la compleja convivencia de dos paradigmas que se intersectan en la actualidad, intersección en que ambos están obligados a redefinirse:

It would be a fatal error to conclude that cosmopolitan empathy is replacing national empathy. Instead, they permeate, enhance, transform and colour each other. A false opposition between the national and the transnational would generate an endless chain of misunderstandings. In fact, the transnational and the cosmopolitan should be understood as the summation of the redefinition of the national and the local (Beck, 2006: 6).

A la luz de esta breve exposición, me concentraré ahora en tres novelas argentinas recientes para observar si estas hipótesis encuentran un correlato, ya sea en su “momento destructivo” de crítica al estado-nación o en su “momento constructivo”: la propuesta de una visión alternativa a la del estado nación.

Promesas naturales y la ambigüedad genérica

Promesas naturales (2006) de Oliverio Coelho, es la última obra de una trilogía futurista integrada por *Los invertebrales* (2003) y *Borneo* (2004). En un escenario post-apocalíptico, con una atmósfera onírica, *Promesas naturales* narra la huida de Bernina desde los “territorios paralelos” al “otro lado”, el centro de la ciudad. En su reseña, Quintín resume así el argumento:

Bernina, en busca del amor, se enfrenta con las tribus desesperadas y deformes que pululan en las calles y afronta todo tipo de peligros. Es capturada dos veces por el gobierno –una por un sátiro que aprende a violarla engrillada en una camilla de ginecólogo cronenbergiano (siguiendo las instrucciones del *Manual de la buena cabriola*, suplemento cultural de la Enciclopedia de Usos Terrestre), enviada como espía, introducida en los ritos de extraños sacerdotes, recluida en un reservorio de mujeres zoomórficas hasta que finalmente encuentra la compañía de un mago rengo que la emplea como asistente (Quintín).

Inscribiéndose en el modelo de la ciencia ficción, el viaje sirve para describir el funcionamiento, o mejor, el *disfuncionamiento* de una ciudad pesadillesca, controlada obsesivamente por un Estado que ha crecido hasta dimensiones monstruosas. Ese

estado ha organizado la ciudad en torno a un centro y una serie de periferias concéntricas: en el centro habitan los seres normales y sanos, representantes de la burocracia estatal y encargados de administrar la estructura, mientras que en las sucesivas periferias se amontonan individuos que conforman un catálogo de monstruosidades. Un mapa en la primera página del libro muestra la distribución de estas castas inferiores, mutantes. A veces la mutación se da entre lo animal y lo humano, pero otras veces se trata de especies en estados larvarios, seres de una evolución detenida o incompleta, o de la yuxtaposición de edades contradictorias, como la categoría de los “ñatitos” o *niños viejos*, un ejemplar que Bernina observa en su huida y a quien describe así:

Colgaba de una rama, boca abajo, los párpados apretados formando bolsas de arrugas, la nariz apiñada, las orejas apantalladas, los brazos sueltos [...] los pies, enfundados en lacónicos soquetes y escarpines renegridos, vibraban levemente, como si adentro los deditos ensayaran ejercicios de piano. Más abajo —o más arriba, teniendo en cuenta que el ñatito dormía en postura alironada— una papada acuosa parecía centellear y fluir hacia una superficie escamada: la santa transparencia senil (Coelho, 2006: 21).

Es posible reconocer en la novela varios de los motivos característicos de la ciencia ficción, y especialmente de las ficciones que imaginan una futura sociedad *distópica*. La mutación, la amenaza de la degeneración de la raza, son no tanto administrados por el estado como producidos por él. En *Who sings the Nation- State?* (2007) Butler observa cómo el estado, al que habitualmente se le asigna la función de proteger a los ciudadanos, es también quien los desprotege. Es el estado el que crea un estado de *statelessness*, expulsando a los individuos de su seno. Sin embargo, como señala Butler, cuando un individuo es expulsado no retorna a un estado natural. “No one is ever returned — afirma Butler — to bare life, no matter how destitute the situation becomes, because there are a set of powers that produce and maintain this situation of destitution, dispossession, and displacements” (Butler 2007: 10). Lo *natural*, en *Promesas naturales*, coincide con la descripción de Butler, ya que no equivale a la no-intervención del estado, sino que es, al contrario, resultado del ejercicio de su poder. Gran parte de la novela gira, de hecho, en torno la obsesión y

manipulación del estado respecto a la reproducción: evitar la mezcla, la hibridación es el motivo fundamental que protegería a la pureza de la raza. La mutación es el máximo ejemplo de hibridación. De allí que la obsesión central y última del estado totalitario sea el sueño de una raza única y *pura*. Además del control de la reproducción, el establecimiento de fronteras rígidas, que impiden a los ciudadanos desplazarse, y en consecuencia, impiden la hibridización, es también central en la novela.

Teniendo en cuenta la tradición de novelas distópicas, tales como *1984*, de Orwell, o *Un mundo feliz*, de Huxley, en la que *Promesas naturales* parece inscribirse, el texto de Coelho podría ser leído como una crítica del estado-nación. Pertenecería, en este sentido, a lo que Castany considera el “momento destructivo” de la literatura posnacional. Sin embargo, si bien muchos motivos acercan la novela de Coelho a la tradición del futurismo distópico, existen también diferencias significativas. El viaje que Bernina, la protagonista, emprende, no es un viaje épico en el que un individuo se enfrenta a las arbitrariedades de la organización estatal. Al contrario, el desplazamiento de Bernina es un viaje fascinado y fascinante por ese escenario, en el que tampoco hay verdadera oposición a ningún mecanismo o enemigo reconocible, y un viaje, además, que no se resuelve, ya que Bernina no llega a ninguna parte. Es el placer del desplazamiento mismo, de la errancia, el que estructura el texto. Además, pese a que el estado parece asentarse sobre una rígida delimitación de las fronteras, como lo sugiere el mapa en la primera hoja, estas fronteras resultan finalmente fáciles de atravesar. Por último, la obsesión por el control de la reproducción y por la hibridez aparece de manera significativa en el embarazo de Bernina, en el que el feto crece pero también involuciona:

Según teorías médicas de procedencia indefinida, se había extendido el mito popular de que a partir de los nueve meses de gestación el embarazo era regresivo, y la turgencia del vientre se reabsorbía hacia la plagada particularidad del espécimen y alcanzaba un punto de indiferencia material cuyo ciclo, en el ámbito microscópico ya no podía predecirse... (Coelho, 2006: 25).

El embarazo de Bernina podría servir de metáfora de la ambigua relación que *Promesas naturales* mantiene con el género de las ficciones distópicas. Si, por una parte, la obra toca constantemente la opresión del individuo por el Estado, por el otro

socava esa representación con un estilo barroco, oscuro, con un “lenguaje atmosférico y corrompido que sólo podía descender, purificarse en la oralidad, si se lo encorsetaba y domaba como a un león”. La novela está dominada también por un humor sutil, una ironía leve que mina los cimientos de cualquier crítica seria respecto al funcionamiento del estado. En este sentido la novela de Coelho puede ser leída en el paradigma de una literatura posnacional: recupera un género que puede ser considerado anacrónico e indirectamente recupera sus premisas, pero lo pervierte volviendo lo monstruoso, lo híbrido objeto de fascinación y de goce, no de terror o de asco. No es tanto entonces esa crítica a la racionalización del estado, típica de la ficción distópica, lo que hace de este un texto posnacional, sino precisamente la combinación de anacronismo y actualidad, la perversión de un género clásico de crítica al estado junto a las estrategias narrativas de la novela, que impiden una interpretación unívoca lo que agrega el componente *posnacional*.

Postales del porvenir

En *Los incompletos* (2004) de Sergio Chejfec, Félix, quien ha decidido abandonar su país y viajar por el mundo sin rumbo fijo, envía postales a un amigo en Argentina de los lugares que visita. En lugar de mostrar, esas postales carecen siempre de la información suficiente. “Una vez me mandó cierta postal de la mismísima Buenos Aires: vista incompleta del mudo edificio de la Terminal de ómnibus mientras un coche policial atraviesa en primer plano la avenida”. Como las otras, esa postal “parecía una mirada al sesgo, lanzada por alguien entre las miles de personas que andan siempre por allí sin pretensión de ver nada en particular (Chejfec, 2004: 12).

A diferencia de las postales turísticas, en los que lo *típico* de un lugar aparece en primer plano, las fotos de Félix traducen la ausencia de tipicidad: todos los lugares son indiferentes, carecen de rasgos propios. Al abandonar el país, dice el narrador al principio de la novela, Félix “quiso alejarse de los lazos propios de la nacionalidad y asumir otros más fluctuantes que lo protegieran, ilusoriamente, de las decisiones de un único Estado y, también ilusoriamente, de los efectos emocionales de lo que allí ocurriera” (Chejfec, 2004: 11). Félix busca ser ciudadano del mundo, y “como buen ciudadano del mundo Félix tiende a diluir sus rasgos más propios en una serie de

convenciones” que deben “asimilarse a lo indiferenciado” (Chejfec, 2004: 11). Como se predica de Masha, *Los incompletos* es “algo parecido a un relato de navegación, pero sin viajero ni travesía”. La trama, casi inexistente, se concentra en detalles insignificantes de los cuartos de hotel, de la luz que entra por las ventanas, de un pequeño papel olvidado por un huésped. Si bien la novela se encuadra en un relato de viajes, lo que prima es la sensación de inmovilidad. Esta sensación de inmovilidad se acentúa porque luego de un breve recorrido, toda la novela transcurre en un hotel de Rusia, el “Hotel Salgado”. El hotel es una enorme construcción encallada en la periferia de Moscú, que presenta una arquitectura particular, oscura, sórdida, laberíntica y casi deshabitada excepto por la presencia de Félix y la de Masha, una mujer joven encargada del hotel. El hotel adquiere una relevancia tal, que pasa a ocupar el centro de la narración. Tanto Félix como Masha, por distintos motivos, establecen con el hotel una relación singular, en la que éste parece imponerles un encierro que restringe su vida a la monotonía de esas paredes. Esto evoca en el narrador algunos viejos libros en los que “la historia es una proyección del lugar”, es decir, libros en los que el relato funciona como metáfora territorial: los personajes pasan a ser rehenes del espacio que habitan, en la medida en que deben cumplir un papel ejemplarizante. Pero la metáfora se vuelve explícita, cuando el narrador afirma:

cuando observé lo poco o mucho que hacían y sus variadas o escasas reacciones [Félix y Masha] y cómo convivían con ese edificio tan singular asignándole una vida propia y autónoma frente a cualquier voluntad conocida; cuando los vi actuar en aquel escenario ello me pareció la *ilustración más adecuada; y también para mi la más accesible, de la forma como algunas personas habitan un determinado país* (110).

Sin embargo, la descripción que Félix hace de su propio país, Argentina, contradice en cierta manera lo anterior. Si bien Félix ha decidido liberarse de los límites que impone a la identidad el país de origen, la descripción que hace de Argentina es paradójica. Retomando el tópico del “vacío” —que, desde Sarmiento se vuelve el rasgo por excelencia para definir la identidad argentina— Félix afirma que el vacío del territorio contagia al carácter de los habitantes: “los compatriotas eran seres metafísicos, incompletos o invisibles en tanto procedían de una tierra sin rastros, como si uno dijera individuos ‘no marcados’, capaces de permanecer en el limbo de la geografía

mientras nada los despertara” (Chejfec, 2004: 103). Félix “no estaba demasiado seguro de la existencia del país de donde provenía”, y no porque el espacio hubiese desaparecido o porque los habitantes abandonaran su lengua, sino porque “nada preciso los congregaba, como esas reuniones sociales que por un hecho imprevisto pierden su sentido y deben efectuarse de todos modos” (113). Así, aunque Félix “sabía que tenía una adscripción nacional, similar a una cédula civil, o sea el pasaporte, cada vez le parecía más misterioso el significado y el efecto concreto que ello podía tener sobre su propio carácter” (175).

Castany señala que uno de los temas centrales de la narrativa posnacional es el viaje de la emigración.⁵ A diferencia de Odiseo, en la literatura posnacional nos hallamos no tanto con viajes de regreso como de huida, de fuga. El héroe —o anti-héroe— es un hombre desterrado, desubicado, perdido. De hecho, afirma Castany, “el desubicado o desarraigado es el personaje más habitual de la literatura posnacional” (Castany, 2007: 218). Félix es un ejemplo, también de lo que Castany denomina “escepticismo identitario”, que consiste “no en una imposible definición total sino en una definición abierta, flexible y consciente de sus limitaciones” (Castany, 2007: 211). Un eco de las complejidades identitarias de los personajes, suele hallarse con frecuencia, señala Castany, en la referencia a los nombres propios. En este caso, no es el nombre de Félix el que evoca esa complejidad, sino la reflexión que hace el narrador sobre los seres “incompletos”. Masha y Félix son un ejemplo, para el narrador, de un

⁵ Este tópico relaciona estrechamente la literatura posnacional con la literatura *migrante*, literatura en la que la experiencia del desplazamiento cobra un papel fundamental. La crítica reciente se ha explayado en catalogar las distintas formas que esta experiencia puede asumir, y así, distingue entre las figuras del migrante, exiliado, migrado, expatriado, viajero, extranjero. Juan Gabriel Vázquez agregó a estos, en un ensayo reciente, el término “literatura de inquilinos”. Sin duda, la experiencia del desplazamiento, ya sea autobiográfica, o como propone Bammer (1994): condición “ontológica” del siglo XX, resulta un componente esencial de la literatura posnacional. Sobre literatura del desplazamiento ver, entre otros: Angélika Bammer (ed.) *Displacements. Cultural Identities in Question* (Bloomington: Indiana UP, 1994); Karine Mardorossian, “From Literature of Exile to Migrant Literature” (*Modern Language Studies*, Vol. 32, N°2, Autumn, 2002); Caren Kaplan, *Questions of Travel. Postmodern discourses of displacement* (Durham en London: Duke UP, 1996); Walkowitz “The Location of Literature: The Transnational Book and the Migrant writer” (*Contemporary Literature* (2006) 57.4); Juana Martínez (ed.) *Exilios y residencias. Escrituras de España y América* (Madrid: Iberoamericana: 2007).

tipo de individuo particular, que da nombre al libro. Se trata de “seres artificiales, personajes enteramente disponibles” (Chejfec, 2004: 148). De acuerdo al narrador, “Félix tenía los atributos de un ser construido... que se movía a partir de reflejos y arranques parciales, siempre sin conseguir componer una totalidad, una personalidad entera” (Chejfec, 2004: 149). Los atributos de *construido* e *incompleto*, con que se describe la personalidad de Félix, contradicen una concepción esencialista de la identidad, caracterizada por los rasgos de la naturalidad y la totalidad. Así, la insistencia del narrador sobre los seres *incompletos* —que en la novela no sólo representan Félix y Masha, sino también otros personajes y espacios— evoca uno de los rasgos principales de la literatura posnacional: la crítica a una concepción esencialista de la identidad nacional en la figura de personajes “indecidibles”, cuya identidad es imposible de definir, inacabada.

La identidad de Félix, “desarraigada” o “desubicada”, no parece plantear dudas como característica de lo posnacional. Sin embargo, es menos claro si existe lo que Castany denomina una “propuesta constructiva”, es decir, una alternativa viable a la cosmovisión nacional que apuesta por definir y difundir un ideal cosmopolita. El narrador dice en un pasaje de la novela que frente a la “permanente locura y la eterna crueldad del ‘mundo actual’” la única alternativa sería confiar en estos seres incompletos. Aunque no espera que ellos impartan ningún tipo de justicia, los imagina como “una opción, una forma de anunciar que otro mundo, también incompleto, hubiese sido posible” un mundo que, “en tanto acotación y comentario, resultaría infinitamente más justo” (Chejfec, 2004: 152). Aunque esto aparece en palabras del narrador como una alternativa viable, la caracterización de Félix como “ciudadano del mundo” es mucho más ambigua en cuanto ideal deseable o modelo a seguir. La desolación y la indiferencia dominan a Félix luego de su errancia: “el mundo le pareció aplanado, extinguido y hueco como el mar vacío que ahora miraba” (Chejfec, 2004: 144). Y más drásticamente, retomando lo que ya dictaminara Benjamin, la posibilidad de la experiencia ha desaparecido. “Habiendo dedicado buena parte de su vida a andar por el mundo, con la esperanza de superar la provincia mental a la que se creía condenado, Félix supo en Moscú que *la misma idea de experiencia se había convertido en otra cosa*”. Lejos de encarnar el ideal cosmopolita de los Cínicos o la Ilustración, con sus valores de apertura, relativización, humanismo, Félix se desplaza por un mundo

críptico en el que los hechos no dejan ninguna huella y los países son todos iguales a sí mismos. Ese carácter “incompleto”, entonces, se parece más a una pérdida o una falta, remite a la incomunicación y al solipsismo —frecuentemente aludido, además, en la novela a través de la imposibilidad de decodificar los mensajes— más que a la propuesta de una subjetividad alternativa. En otras palabras, en lugar de ser un “ciudadano del mundo” que se siente en casa en todas partes, aquí la sensación es inversa: la de no estar en casa en ningún lugar. Si el ideal del cosmopolitismo es también aquel sujeto que domina varias lenguas y que puede comunicarse entonces con cualquier otro hombre, en *Los incompletos* abundan los mensajes crípticos, insuficientes o imposibles de descifrar, más allá del idioma en que hayan sido escritos. El narrador dice en un momento de la novela que resulta extraño que, en la era de los e-mail, Félix se empeñe en escribir cartas. Pero ese esfuerzo por recuperar un medio menos fugaz tampoco resulta en una narración más detenida o más comprensible de la experiencia. No es entonces un problema de lenguajes, sino de la pérdida de un código común, o más drásticamente, de la pérdida de un contenido, de algo que comunicar.

“Como decía el viejo siciliano, quien ha cometido el error de irse no puede cometer el error de volver”, dice el narrador de *Los incompletos*. El protagonista de *La grande*, novela póstuma e inacabada de Juan José Saer, comete ese error. Gutiérrez regresa a Argentina luego de 30 años de ausencia en Europa. Se había ido en la juventud, repentinamente, por motivos amorosos. A Gutiérrez podría aplicarse lo que dice Pichón Garay en “En el extranjero”: “... dichosos los que se quedan, Tomatis, dichosos los que se quedan. De tanto viajar las huellas se entrecruzan, los rastros se sumergen o se aniquilan y si se vuelve alguna vez, no va que viene con uno, inasible, el extranjero, y se instala en la casa natal” (Saer, 2008: 206).

Un análisis detallado de *La grande* sería imposible aquí. Sólo quisiera señalar que, pese a que la novela trata la historia de un regreso tras una prolongada residencia en el extranjero, ese regreso, lejos de ocupar el centro de la narración, es relegado o diferido a la sombra. La novela se detiene en la cotidianeidad del resto de los personajes, relacionados directa o indirectamente con Gutiérrez. Recupera las historias del pasado, como en el caso de *Nula*, repasa sus sentimientos — hacia los hombres, las

mujeres, los hijos—, sus deseos sexuales, o morosamente se demora tres páginas en un hecho tan simple como coser un botón. Esto nada nos dice sobre qué ha sentido Gutiérrez al regresar, ni siquiera, claramente, por qué lo hizo; sus razones y sus sensaciones permanecen veladas tras la sonrisa amable y en parte enigmática del personaje. Es como si *La grande*, voluntariamente, se negara a narrar algunas variantes posibles del regreso: el balance de la ausencia, la reconciliación con el lugar de origen, la recuperación de lo interrumpido. En cambio, tanto la prosa de Saer como el personaje mismo de Gutiérrez, parecen optar por la incertidumbre respecto al sentido de ese regreso, algo que se manifiesta en la negativa del protagonista a cerciorarse si Lucía es, efectivamente, tal como afirma su antigua amante, su hija. La indolencia sobre ese saber, que podría transformar ciertos hechos del pasado otorgándoles una trascendencia de la que aparentemente carecían, es, por contraposición, una pura afirmación del presente. Al mismo tiempo, el presente es un tiempo *múltiple*, denso, en el que el pasado se convoca de maneras extrañas, pero que en cada caso sugieren lo irrevocable de su distancia. Más que tematizar el espacio, la novela se focaliza en el tiempo y sugiere su paso irreversible. Cuando se narra durante más de tres páginas la costura de un botón, o cuando se describe la extensa caminata que abre el primer capítulo, el tiempo se materializa en su lentitud, se vuelve tangible y parece devolvernos la ilusión de que no transcurre. Pero la descripción de la vejez de la madre de Lucía, antigua amante de Gutiérrez y sus patéticos esfuerzos por parecer joven, resultan incontestables como huella del transcurso del tiempo. Son las *huellas*, precisamente, lo que buscan los personajes, que, como afirma Sarlo, “persiguen una franja de pasado e intentan fijarla en un relato... Todos recuerdan o escuchan recuerdos, en ellos, los sucesos despliegan infinitas variaciones: siempre se agrega un detalle nuevo, algo que no se había escrito, ni recordado antes” (Sarlo, 2005). El paso del tiempo es crucial en el caso del extranjero, o en el motivo del viaje, ya que el regreso hace patente el cambio experimentado por el país natal, o más específicamente, el cambio del vínculo entre el sujeto y el país de origen: lo que antes fue familiar aparece ahora como extraño, revelando el vínculo frágil que existe con el territorio.

En este sentido, *La grande* es la última versión de la tensión región-extranjero que estructura toda la obra de Saer. La experiencia del regreso es análoga a otras,

como por ejemplo, la de Pichón narrada en *La pesquisa*, la del doctor Real frente a su ciudad natal en *Las nubes*, o la que le ocurre al mismo Saer que, en *El río sin orillas*, ante la proximidad del Río de la Plata escribe “me resigné a comprobar que el paisaje seguía mudo y cerrado y refractario a toda evocación”. Como subrayan Foffani y Mancini, “es la misma experiencia que hace del sujeto un extranjero, como si lo real fuera una exterioridad inasible, adelgazada, vacilante y refractaria a ser captada” (Foffani/Mancini, 2000: 272). En Saer, el extranjero adquiere un estatuto ontológico: más allá de los desplazamientos, el extranjero encarna la metáfora de nuestro estar en el mundo, ya que el mundo es, en la literatura de Saer, un objeto opaco que se resiste a la percepción y no aparece nunca, por lo tanto, accesible a una mirada familiar. La experiencia concreta de extranjería no hace sino poner de relieve esta condición ontológica. No es sorprendente, por lo tanto, que cuando Saer escriba *El río sin orillas* —un tratado “imaginario” sobre la Argentina— argumente que la cultura del Río de la Plata, construida por extranjeros, funciona como anticipación y paradigma de nuestra vivencia contemporánea de la identidad:

Esa imposibilidad de reconocerse en una tradición única, ese desgarramiento entre un pasado ajeno y un presente inabarcable, ese sentimiento de estar en medio de una multitud sin raíces [...] esa vaguedad del propio ser tan propia de nuestro tiempo, floreció tal vez antes que en ninguna parte en las inmediaciones del río sin orillas... El primer paso para penetrar en nuestra verdadera identidad consiste justamente en admitir que, a la luz de la reflexión y, por qué no, también de la piedad, ninguna identidad afirmativa ya es posible” (Saer 1991: 203-204).

A modo de conclusión

Estas tres novelas representan un (muy) breve recorrido por el panorama de la literatura argentina contemporánea. Pero creo que son representativas de un movimiento amplio, que toma formas muy diversas, pero donde claramente se manifiesta una dialéctica entre lo nacional y lo posnacional, tal como argumentan Castany, Habermas o Beck. Así, creo que la respuesta a ¿es posnacional la literatura argentina? debería ser, aunque más no sea provisoriamente, sí. Lo que se observa, más allá de las diferentes poéticas de los autores o los distintos géneros, es que, de

acuerdo a la definición de Castany o Beck, se trata de una tensión sin resolución, en la que “lo nacional”, confrontado a lo cosmopolita, debe reconfigurar sus límites y sus premisas, aunque se siga escribiendo, en cada caso, desde un lugar *situado*. Es visible como las obras critican la nación y abjuran de una identidad esencialista, pero sin embargo, no abandonan una relación con Argentina que, aunque extrañada o indefinible, persiste como sustrato existencial. El “ingrediente metafísico” de pertenecer a un país, como dice Félix, es la infancia. También para Saer, quien afirma:

... el escritor escribe siempre *desde* un lugar, y al escribir, escribe al mismo tiempo ese lugar, porque no se trata de un simple lugar que el escritor ocupa con su cuerpo, un fragmento del espacio exterior desde cuyo centro el escritor está contemplándolo, sino de un lugar que está más bien dentro del sujeto, que se ha vuelto paradigma del mundo y que impregna, voluntaria o involuntariamente, con su sabor peculiar, lo escrito [...] Dondequiera que esté, el escritor escribe siempre desde ese lugar que lo impregna y que es el lugar de la infancia (Saer, 1993: 8).

En Saer, el país de origen, aunque desdibujado o “inquietante”, persiste como huella, y gran parte de la escritura es la obsesiva vuelta sobre estas huellas en la memoria heredada de la lengua.

En el ensayo ya mencionado, Beck propone como metáfora de lo posnacional la curiosa imagen de “a glass world”: “The world of the cosmopolitan outlook is in a certain sense a glass world...The boundaries separating us from others are no longer blocked and obscured by ontological difference but have become transparent” (Beck, 2006: 8). Beck parece sugerir que ante el derrumbamiento de las certezas sobre la identidad nacional es ahora posible percibir al otro directamente, sin los velos falsos de una supuesta diferencia ontológica provista por el país de origen. Sin embargo, al observar al protagonista de *La Grande*, o de *Los incompletos*, lo que se manifiesta es más bien lo contrario, el mundo como algo opaco, “una sustancia última y sin significado” en el que los personajes se reconocen, para retomar palabras de Saer, como “nada, como menos que nada, fruto misterioso de la contingencia, producto de combinaciones inextricables que igualan a todo lo viviente en la misma presencia fugitiva y azarosa” (Saer, 1991: 203-204). Y entonces es cierto que la relación con la

identidad nacional se reconfigura, como sugerían Beck y Castany. Atendiendo a los autores analizados, esta reconfiguración parece centrarse en una retirada de lo nacional hacia una esfera privada. Si la identidad nacional es, por definición, una identidad colectiva, su redefinición como algo íntimo, no compartido, la invalida en su concepción. Tal como afirma Saer —o Félix en *Los incompletos*—, la infancia es la única “patria” cierta de un individuo, y, en este sentido, la infancia es un tiempo íntimo por excelencia que siempre permanece en una dimensión hasta cierto punto incomunicable. Así, “lo nacional” no existe separado de la existencia individual, no existe como absoluto, como serie de atributos compartidos, como abstracción. En el panorama posnacional, lo nacional parece adquirir un significado cada vez más difuso, porque, apartándose de las definiciones colectivas y cristalizadas que pierden valor, se seculariza tornándose un territorio privado e intransferible.

Bibliografía

BECK, Ulrich (2006). *The Cosmopolitan Vision*. Trans. By Ciaran Cronin. Cambridge, Polity Press.

BUTLER, Judith; SPIVAK, Gayatri Ch. (2007). *Who Sings the Nation-State? Language, Politics, Belonging*. London, New York, Calcutta, Seagull Books.

CASTANY PRADO, Bernat (2007). *Literatura posnacional*. Murcia, Ediciones de la Universidad de Murcia.

CHEJFEC, Sergio (2004). *Los incompletos*. Buenos Aires, Alfaguara.

COELHO, Oliverio (2006). *Promesas naturales*. Buenos Aires, Norma.

FOFFANI, Enrique; MANCINI, Adriana (2000). “Más allá del regionalismo: la transformación del paisaje”. En Drucaroff Elsa (ed): *La narración gana la partida* Tomo 11 *Historia crítica de la literatura argentina*. Buenos Aires, Emecé.

QUINTÍN. “20 x 35: modelo para desarmar (VI)”. *Los trabajos prácticos*. 2006, <http://www.bonk.com.ar/tp/archive/870/20-x-35-modelo-para-desarmar-vi>.

SAER, Juan José (2008) [1969 – 1975] «En el extranjero». *La mayor*. En *Obras completas*. Buenos Aires, Seix Barral.

---. *La grande*. Buenos Aires, Seix Barral.

---. «Literatura y crisis argentina». En KOHUT, K. y PAGNI, A. (eds.). *Literatura argentina hoy. De la dictadura a la democracia*. Frankfurt am Main, Vervuert.

---. *El río sin orillas. Tratado imaginario*. Buenos Aires, Alianza Editorial.

SARLO, Beatriz (2005). «El tiempo inagotable». *La nación*
http://www.lanacion.com.ar/nota.asp?nota_id=743591